

# Poesía y etnobotánica “Yerbas del tarahumara” y otros papeles de Alfonso Reyes y Valery Larbaud

Adolfo Castañón

*Toda planta es lámpara.*  
Victor Hugo, *L'homme qui rit*

I  
Los tarahumaras son los indígenas del norte de México, también o mejor conocidos como “los de los pies ligeros”: los *rarámuri*. Habitan la cadena montañosa conocida como Sierra Tarahumara, que se extiende por Chihuahua, Sonora, Durango, Sinaloa y en el siglo XIX llegaban hasta Nuevo León y Coahuila. La lengua tarahumara está clasifi-

cada —como informa Humberto Musacchio en su *Diccionario enciclopédico de México*— en el grupo nahua-cuitlateco, del yoto-nahua, de la familia pima-cora.

No es posible saber si en su infancia y primera adolescencia Alfonso Reyes tuvo noticia directa de ellos —según se desprende de su poema— o si fue por medio de algún caballerango, asistente militar de su padre, allá en la Hacienda del Mirador, o bien a través de los relatos del propio general Bernardo Reyes, quien fatigó durante años los áridos caminos de tepehuanes, yaquis, mayos y otras tribus nómadas del

norte, y seguramente tuvo noticias de ellos. En cualquier caso, la presencia de esos hombres severos con su ritual de pies ligeros y su cultura medicinal se puede documentar a través del poema “Yerbas del tarahumara”, como supo dejar constancia a través de otros textos aquí reproducidos. La farmacopea aborígen está relacionada desde luego con la medicina natural, el chamanismo y lo que Mircea Eliade llamó “las técnicas arcaicas del éxtasis”, presentes en Asia, la Europa rural y, desde luego, en América.

Según nos dice Alfonso Reyes en su *Diario*, con fecha del 11 de marzo de 1929, el poema “Yerbas del tarahumara” es un “Poema hecho en un instante, con conversaciones de la señora del mayor Muñoz”. Esta anotación sugiere al lector que Alfonso Reyes no escatimaba la convivencia con el personal de la embajada —ya estuviese en Madrid, París, Río de Janeiro o Buenos Aires— y que, por supuesto, sabía escuchar. La conversación sostenida con la esposa del mayor Muñoz a muchos kilómetros de distancia de México, en la embajada de nuestro país en Argentina, seguramente desencadenó en

Alfonso Reyes un tumulto de recuerdos sobre sus experiencias de infancia y juventud en el norte de México. De ahí que, como él confiesa, haya escrito este poema “en un instante”.

El poema de Alfonso Reyes “Yerbas del tarahumara” ha tenido buena estrella y fortuna dentro y fuera de nuestras fronteras. Por ejemplo, lo citan con admiración comprensible el novelista brasileño Erico Verissimo en su popular y rico libro: *México. Historia de un viaje* (1957), para entender a estos cazadores capaces de mantenerse inmóviles como piedras o plantas durante un día, antes de abatir con impecable certeza a las aves más veloces.

## II

*Cuando los tarahumaras bajan a las aldeas, mendigan. Es sorprendente. Se detienen frente a las puertas de las casas y se ponen de perfil con una actitud de desprecio absoluto.*

Antonin Artaud, “La raza de los hombres perdidos”<sup>1</sup>

El poema de Alfonso Reyes es anterior al célebre texto de Antonin Artaud (1896-1948) titulado *D'un voyage au pays des Tarahumaras (Viaje al país de los Tarahumaras)* (1937), inspirado en una serie de experiencias que el poeta tuvo en México, en 1936, con el peyote utilizado entre los indios del norte de México. La imagen evocada por Alfonso Reyes no ha perdido del todo actualidad, como lo puede mostrar la cita que el escritor Carlos Monsiváis hace de los versos de la segunda estrofa de este poema a propósito de los indígenas chiapanecos, animados por el autollamado subcomandante Marcos (*Proceso*, 4 de marzo de 2001).

Reyes conoce la psicología y costumbres de los indios tarahu-

maras. Al escribir al escritor y diplomático brasileño Ronald de Carvalho pidiéndole cierta ayuda, Alfonso Reyes concluye su carta con una simpática evocación de la forma reservada y respetuosa con que se tratan los tarahumaras entre ellos:

Entre los tarahumaras, indios de Chihuahua de que tal vez tenga Ud. noticias, el visitante o huésped se sienta en la calle, de espaldas a la puerta del amigo a quien va a visitar, sin duda para disimular su impaciencia. El amigo visitado no se apresura. Se hace desentendido (coquetería de buen tono entre ellos). Al fin, abre su puerta y dirige unas cuantas palabras vagas a su visitante, hablándole del tiempo que hace, como si no se diera cuenta de que lo vienen a visitar a él. Al fin, después de un momento, le dice: ¿Por qué no pasa Ud. a casa para que sigamos hablando? Así se hacen las visitas entre los indios tarahumaras.<sup>2</sup>

## III

Muchos años pasó el general Bernardo Reyes pacificando el norte de México, desde los tiempos de Lerdo de Tejada (1873), en que emprendió la campaña de Alica contra el legendario cacique Manuel Lozada, hasta los largos años de Manuel González y Porfirio Díaz, en que fue ganando ascensos, literalmente a sangre y fuego, en las diversas expediciones, acciones y campañas por la frontera de Nuevo León, la huasteca potosina, Sinaloa, Sonora, Chihuahua, Coahuila para mantener a raya a las hordas de guerrilleros e insurrectos, apaches, coras, huicholes, kikapués, así como a los más civilizados —yaquis y tarahumaras—. El niño que

fue Alfonso Reyes creció al calor de esos relatos y cuentos de esa infatigable frontera nómada, como la ha llamado el historiador Héctor Aguilar Camín, y la experiencia descalza de esos mundos indígenas en conflicto con la civilización no fue ajena a su sensibilidad. La hermandad entre el mundo vegetal y el mundo animal aflora como en una ondulación constante y apenas subterránea a lo largo de su obra. Cito, casi al azar, dos textos. Uno, escrito en Brasil en 1931:

—Pero los árboles ¿qué saben? ¿qué sienten? [...] —¿Qué sabemos? Cuando la planta se pone a vivir dentro del hombre, como en la droga, el hombre no necesita moverse porque empieza a soñar: el mundo se mueve para él, por una translación einsteiniana. ¿Qué sabemos si el árbol sueña? Y además, ese modo de relacionar la sensación y el don semoviente ¿no es un apriorismo finalista? ¿No habrá en el seno de la vida vegetal como en el seno de toda vida, una parte de impotencia diabólica, necesaria en sí misma? Entonces, si arranco esta rama, el tronco me grita como en Dante: “¿Por qué me rompes?” Sino que yo no puedo escucharlo. Feliz Sigifredo, que cortaba una caña para hacerse entender del ave.<sup>3</sup>

Y otro texto más en el mismo sentido y fruto de la misma fibra sensitiva:

¡Qué bien que se entiende el culto de los árboles en las religiones primitivas! ¡Y qué verdadero aire de deidad natural, anterior al antropomorfismo de los Olimpos, tienen esos árboles gigantescos, plantados de pronto en la desolación de la tierra como a espera del caminante! Si hasta parece que infunden en su huésped cierta quietud vegetativa, cierta aceptación, cierta docilidad física doblada de cierta interior libertad



de ensueño. No es otro el efecto de la droga, simbiosis del vegetal con el animal. Tal vez los árboles se contenta de no moverse por lo mucho que contemplan y sueñan. Los pájaros les cuentan las extrañas aventuras del vuelo, y con oírlos se satisfacen. Las brisas les hacen guiños y los sacan a bailar un poco, aunque sin moverlos de su lugar, como en tales danzas australianas que se ejecutan con el tronco y los brazos. Árbol de la tropa, padre tutelar de los valientes y de los afligidos: hay, en el torrente de mi sangre, una oculta gotita que agradece todavía tu ternura.

Cuando, después de limpiar de facinerosos el contorno con las escobas del plomo y los aceros, el destacamento volvió al lugar, no encontró ya el árbol.

—¿Quién lo ha talado?—preguntó mi padre iracundo.

—Lo cortó Fulano, mi jefe —le contestó un desgredado que se acercaba—. Dijo que lo iba a tumar con su hacha para que no viniera aquí a amontonarse la tropa.

—¡Qué me lo traigan! Que me traigan a ese Fulano ahora mismo! Que ahora me lo lleva de leva, y ahora va a saber lo que es un árbol, lo que puede ser la sombra de un árbol para el soldado!<sup>4</sup>

Bernardo Reyes y “nuestro medio hermano mayor, aquel magnífico León, [...] antiguo ingeniero militar que, en comisiones geográficas”, habían “conocido los lugares más recónditos del país, las tribus más extrañas, sobre cuyas costumbres sabía lo que no supo Lumholtz”.<sup>5</sup>

El país tarahumara sería reconocido por el etnólogo y fotógrafo noruego Carl Lumholtz,<sup>6</sup> y sus peripecias serían presentadas en los gruesos volúmenes de *El México desconocido* (1902), traducido al español por Balbino Dávalos (1904), bajo los auspicios de Porfirio Díaz. Ese país agreste y fascinante de la Sierra

Madre Occidental en Sonora y Chihuahua no habría podido ser visitado y documentado sin la tarea previa de pacificación y comunicación realizada, entre otros, por Bernardo Reyes.

#### IV

El texto que se presenta aquí “Yerbas del tarahumara” fue escrito el 11 de marzo de 1929 “de un solo trazo”, como asienta Alfonso Reyes en su *Diario*; es decir, más de siete años antes de que Antonin Artaud emprendiera su célebre viaje, en 1939. El poema de Reyes sería traducido por Valery Larbaud y publicado en la prestigiosa revista *Commerce* (verano de 1929, núm. XX), donde apareció por primera vez la *Nadja* de André Breton y se publicaron también textos de Henry Michaux. Alfonso Reyes, persona sensible y enterada, no podía ignorar que unos años antes en París, al tiempo que él mismo se encontraba ahí se había publicado el libro del doctor Alexandre Rouhier *Le plante qui fait les yeux émerveillés* (1926).<sup>7</sup> Recientemente se ha publicado una nueva edición que ha sido revisada y aumentada e incluye la conferencia *Les plantes dévatoires* y una bibliografía actualizada hasta la fecha de la publicación.

El libro de Rouhier se publicó diez años antes de que Antonin Artaud hiciera su célebre viaje a México, en 1936, y no es improbable que éste lo haya conocido en la traducción de Larbaud y que haya influido en la decisión de viajar a México. De hecho, en “México y el espíritu primitivo. María Izquierdo”, Artaud —citado por Fabienne Bradu— parafrasea el título de Rouhier para referirse al cacto sagrado: “el peyote que no vuelve los ojos maravillados como el vocabulario europeo nos enseña...”.<sup>8</sup> Esta obra por cierto, sería citada de inmediato

por el esoterista e investigador extremeño Mario Roso de Luna en *El simbolismo de las religiones del mundo*,<sup>9</sup> continuación de su *Simbología Arcaica*; citando al escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, Roso de Luna habla ahí del peyote y de la mezcalina como puentes orgánicos entre aquella piedad arcaica y las creencias y usos y costumbres de los indígenas mexicanos. ¿Le eran estas referencias familiares a Alfonso Reyes?

#### V

En 1929, Alfonso Reyes le envía a Valery Larbaud el poema “Yerbas del tarahumara” desde Buenos Aires. Larbaud, quien se encontraba en Italia, se entusiasma ante el envío de este texto escrito en español por un mexicano interesado en describir la ciencia ancestral y la belleza primitiva de las tribus indígenas más alejadas de México, y le responde desde Roma con una carta fechada el 6 de abril de ese mismo año.

Dice Valery Larbaud:

Y gracias por “Yerbas del Tarahumara”. ¡Qué buena idea tuvo usted al enviármelas! Su perfume embellece mis días, y he aquí el proyecto que he concebido: voy a traducirlas (ya comencé) y a proponerlas al Comité de Lectura de *Commerce* (que aparecerá en junio o julio). Pediré que se publique el texto original frente al de mi traducción. ¿Qué piensa usted? Y luego, si algún detalle me incomoda, me permitiría pedirle consejo. Desde ahora puedo decirle que tengo la intención de traducir por equivalentes calcados sobre ellos mismos todos los términos que ni el Diccionario de la Academia Española, ni Vicente Salva me pueden proporcionar. Por ejemplo sugiero “petite-oreille-derat” (orejuela de ratón), “Simonille, ocotille”... Pero si existen términos franceses correspondientes que no sean científicos ni del

linaje de Linneo, los preferiré a “simonille” u “ocotille” ¿Qué piensa usted de eso?

El poema fue vuelto a traducir años más tarde por Guy Levis-Mano para la *Anthologie de la poésie mexicaine* (1952), corrigiendo algunas imprecisiones de Valery Larbaud. Como quiera que sea, a Larbaud no se le escapó alguna distracción de Alfonso Reyes, como la que lo lleva a poner “herbolario” por “herbario”. Por eso Alfonso Reyes escribe:

Le ruego que cambien en mi original el verso: “Para que luego el herbolario único”, por este otro: “Para que luego aquel herbario único”. Le agradezco a usted el haberme llamado la atención sobre un descuido que no fue errata de una máquina, sino mal hábito infantil, adquirido desde la escuela primaria de llamar “herbolarios” a los “herbarios”. (Alfonso Reyes a Valery Larbaud, 16 de junio de 1929).

Sobra decir que para Alfonso Reyes fue una alegría mayor el haber sido honrado por una traducción de Valery Larbaud:

Por mi parte, he recibido, y lo guardo como una reliquia bibliográfica, las pruebas de mis *Herbes*, de nuestras *Yerbas*. Y quedo entendido de la grata noticia de que el poema aparecerá en *Commerce* (el mayor honor que yo podía esperar de las letras de Francia!) [...] Estoy entusiasmado y contento como un niño. Decididamente, soy de esos hombres tan amigos de lo mejor que no se contentan ya con lo bueno. Nada me importa más en la vida que la estimación y la aceptación de amigos como usted. (Alfonso Reyes a Valery Larbaud, 20 de julio de 1929).

Sobre el título de “Yerbas del tarahumara”, en la versión original del poema que envía a Valery Larbaud, Alfonso Reyes escribe:

“Yerbas del tarahumara” y no “...del tarahumara”. Se explica así:

Desde luego le advierto que, aunque yo simplifiqué la ortografía de tarahumara, los ortodoxos mexicanos dicen, mejor dicho escriben, “tarahumara”. Quizá le agrade a usted esa *h* para guiar mejor al lector francés sobre la disolución del diptongo “ahu”. Ya usted me dirá si se le ofrece alguna consulta, y gracias otra vez. (Carta de Alfonso Reyes a Valery Larbaud del 7 de mayo de 1929).

En su traducción, Valery Larbaud se alinearé al lado de los ortodoxos y Alfonso Reyes, más tarde, al incluir el poema en *Constancia poética* (OC. X), seguirá a Larbaud y restituirá la *h* a “Yerbas del tarahumara”.

#### VI

Alfonso Reyes terminará por titular su libro *Yerbas del tarahumara* optando por la ortodoxa *h*. El poema se publica primero en francés y varios años más tarde en español: *Yerbas del tarahumara*. La primera edición de este poema, fechada en Buenos Aires en 1929, se hizo el 19 de julio de 1934, en dicha edición. Las nueve páginas de que consta la plaqueta “fueron compuestas a mano y tiradas por Francisco A. Colombo, en Buenos Aires, habiéndose tirado la impresión de 300 ejemplares en papel Ingres”. El volumen se presenta en hojas sueltas dentro de una encuadernación en cartón forrada de papel mármol color verde y con una etiqueta manuscrita en el centro, que consigna solamente el título del poema en tinta café sin dar el nombre del autor. El ejemplar que manejamos está dedicado por Reyes al poeta argentino Fernández Moreno.

#### VII

El tema de la sinestesia no podía dejar indiferente a un poe-

ta como Alfonso Reyes. Lo toca no sólo en el poema “Yerbas del tarahumara”, sino en el discurso pronunciado con motivo de la “Ofrenda al Jardín Botánico de Río de Janeiro”, donde dice:

Un día, para aumentar nuestro fondo de cactáceas, tuve el gusto de traerlos, en nombre de la ciencia de mi país, algunas simientes del misterioso *peyotl* o *peyote*, la planta mágica de los indios tarahumaras, cuyas aplicaciones múltiples y portentosas apenas comienzan a estudiarse, y que, produciendo un retardo biológico en el ritmo receptivo del hombre, hace que las ondas sonoras aparezcan —por relatividad— más aceleradas que de ordinario, hasta transformarse en ondas luminosas. Al hombre en delirio de *peyotl*, los sonos de la guitarra le producen fantásticas alucinaciones coloridas. La planta del *peyotl*, la planta sagrada del sol —extraño regulador de ese sujeto del verbo “ondular” que llamamos “éter”—, no engendra, según aseguran, hábito ni vicio; es, según dicen, medicina del dolor moral; y espera todavía los resultados de las pruebas a que la sujeta la ciencia brasileña.<sup>10</sup>

#### VIII

Victoria Ocampo dedica, en *Virginia Woolf en su Diario*,<sup>11</sup> algunas páginas a explorar los paralelos entre “La realidad en Virginia y la mezcalina en Huxley”. La carta que Alfonso Reyes envía a Victoria Ocampo para agradecerle el envío de *Virginia Woolf en su Diario* (8 de julio de 1954) retoma algunos puntos del artículo titulado “La mezcalina”: “Huxley no es más que el último experimentador. La ciencia europea (y la mexicana por descontado) conocen todo eso desde hace mucho tiempo atrás y lo tienen bien estudiado”.<sup>12</sup>

## I. Yerbas del tarahumara<sup>13</sup>

Han bajado los indios tarahumaras,<sup>14</sup>  
que es señal de mal año  
y de cosecha pobre en la montaña.

Desnudos y curtidos,  
duros en la lustrosa piel manchada,  
denegridos de viento y sol, animan  
las calles de Chihuahua,  
lentos y recelosos,  
con todos los resortes del miedo contraídos,  
como panteras mansas.

Desnudos y curtidos,  
bravos habitantes de la nieve  
—como hablan de tú—,  
contestan siempre así la pregunta obligada:  
—“Y tú, ¿no tienes frío en la cara?”

Mal año en la montaña,  
cuando el grave deshielo de las cumbres  
escurre hasta los pueblos la manada  
de animales humanos con el hato a la espalda.

La gente, al verlos, gusta  
aquella desazón tan generosa  
de otra belleza que la acostumbrada.

Los hicieron católicos  
los misioneros de la Nueva España  
—esos corderos de corazón de león.  
Y, sin pan y sin vino,  
ellos celebran la función cristiana  
con su cerveza-chicha y su pinole,  
que es un polvo de todos los sabores.  
Beben tesgüino<sup>15</sup> de maíz y peyote,  
yerba de los portentos,  
sinfonía lograda  
que convierte los ruidos en colores;  
y larga borrachera metafísica  
los compensa de andar sobre la tierra,  
que es, al fin y a la postre,  
la dolencia común de las razas de hombres.  
Campeones del Maratón del mundo,

nutridos en la carne ácida del venado,  
llegarán los primeros con el triunfo  
el día que saltemos la muralla  
de los cinco sentidos.

A veces, traen oro de sus ocultas minas,  
y todo el día rompen terrones,  
sentados en la calle,  
entre la envidia culta de los blancos.  
Hoy sólo traen yerbas en el hato,  
las yerbas de salud que cambian por centavos:  
yerbaniz,<sup>16</sup> limoncillo,<sup>17</sup> simonillo,<sup>18</sup>  
que alivian las difíciles entrañas,  
junto con la orejuela de ratón<sup>19</sup>  
para el mal que la gente llama “bilis”;  
la yerba del venado,<sup>20</sup> el chuchupaste<sup>21</sup>  
y la yerba del indio,<sup>22</sup> que restauran la sangre;  
el pasto de ocotillo<sup>23</sup> de los golpes contusos,  
contrayerba<sup>24</sup> para las fiebres pantanosas,  
la yerba de la víbora<sup>25</sup> que cura los resfríos;  
collares de semillas de ojo de venado,<sup>26</sup>  
tan eficaces para el sortilegio;  
y la sangre de grado,<sup>27</sup> que aprieta las encías  
y agarra en la raíz los dientes flojos.

(Nuestro Francisco Hernández<sup>28</sup>  
—el Plinio Mexicano de los Mil y Quinientos—  
logró hasta mil doscientas plantas mágicas  
de la farmacopea de los indios.  
Sin ser un gran botánico,  
don Felipe Segundo  
supo gastar setenta mil ducados,  
¡para que luego aquel herbario único  
se perdiera en la incuria y el polvo!  
Porque el padre Moxó<sup>29</sup> nos asegura  
que no fue culpa del incendio  
que en el siglo décimo séptimo  
aconteció en el Escorial).

Con la paciencia muda de la hormiga,  
los indios van juntando sobre el suelo  
la yerbecita en haces  
—perfectos en su ciencia natural.

*Pliego suelto, Buenos Aires, Colombo, 1934.—VS.*

## II. Les herbes du tarahumara

Les Indiens Tarahumara sont descendus  
et c'est le signe d'une mauvaise année  
et d'une maigre récolte dans la montagne.  
Nus et tannés,  
leur peau tachetée et luisante durcie,  
noircis de vent et de soleil, ils animent  
les rues de Chihuahua,  
pleins de lenteur et de méfiance,  
avec tous les ressorts de la crainte contractés,  
comme des panthères apprivoisées.  
Honnêtes habitants des neiges,  
— comme ils tutoient tout le monde —  
ils répondent toujours ainsi à la demande

de rigueur :  
«Et toi, tu n'as pas froid à la figure?»  
Mauvaise année dans la montagne  
lorsque la pesante débâcle des cimes  
fait descendre jusqu'aux villages le troupeau  
d'animaux humains avec la besace sur l'épaule.  
Les gens, à les voir, se félicitent  
de cette inclémence du temps, si généreuse  
d'une beauté différente de celle qui leur est  
familiale.

Ils furent baptisés catholiques  
par les missionnaires de la Nouvelle-Espagne,  
— ces agneaux au cœur de lion, —  
et, sans pain et sans vin,  
ils célèbrent l'office chrétien  
avec leur bière de maïs et leur pinolé  
qui est une poudre qui a tous les goûts.  
Ils boivent du tesgüino et du peyoté,  
herbe des prodiges,  
symphonie d'une esthétique accomplie  
qui transforme les bruits en couleurs,  
et une longue ivresse métaphysique  
les dédommage de cheminer sur cette terre,  
ce qui est, en somme et après tout,  
le malheur commun de toutes les races  
d'hommes.

Champions du Marathon du Monde,  
nourris de la chair acide du chevreuil,  
ils arriveront les premiers avec les honneurs  
du triomphe  
le jour où nous franchirons la muraille  
de nos cinq sens.

Parfois ils apportent de l'or de leurs mines  
cachées,  
et tout le jour, assis dans la rue,  
ils cassent les mottes aurifères,  
parmi l'envie poliment dissimulée des blancs.  
Aujourd'hui ils n'apportent que des herbes dans  
leur besace,  
les herbes salutaires qu'ils échangent contre des  
sous :

L'herbe-anis, la limoinille, la simonille  
qui soulagent les entrailles malaisées,  
et aussi la piloselle  
pour le mal qu'on nomme «la bile» :  
et l'herbe du chevreuil, et le chuchupasté,  
et l'herbe de l'Indien, qui reconstituent le sang,  
les pousses du pin ocoté qui sont bonnes pour  
les coups et meurtrissures,  
l'herbe-antidote pour les fièvres des marais,  
l'herbe de la vipère qui guérit les rhumes,  
les colliers de graines d'œil-de-chevreuil  
qui ont une si grande efficacité contre  
les sortilèges,  
et le sang-dragon qui resserre les gencives  
et fixe solidement les racines des dents qui  
branlent.

(Notre François Hernandez, —  
le Pline mexicain du XVI<sup>e</sup> siècle, —  
parvint à rassembler plus de douze cents plantes  
magiques

de la pharmacopée des Indiens.  
Sans être un savant botaniste  
le Roi Philippe Deux  
eut l'esprit de dépenser soixante mille ducats  
pour que dans la suite des temps l'herbier unique  
au monde  
finît par disparaître dans l'incurie et la poussière !  
Et en effet le Père Moxo nous assure  
qu'il ne fut pas détruit dans l'incendie  
qui, au XVII<sup>e</sup> siècle,  
éclata dans l'Escorial.)  
Avec la patience silencieuse de la fourmi  
les Indiens vont disposant par terre  
leurs petites herbes en bottes,  
passés maîtres dans leur science naturelle.

Alfonso Reyes. *Traduit de l'Espagnol, par M. Valery Larbaud.*

**De Alfonso Reyes a Valery Larbaud\***

Buenos Aires, 7 de mayo de 1929

Mi querido Valery Larbaud

Su carta de Roma, del 6 de abril, me ha llenado de alegría. Estoy orgulloso de que mi poemita<sup>30</sup> le parezca a Ud. digno de su traducción, y de proponerlo al comité de *Commerce*. Me apresuro a decirle que encuentro lo más acertado eso de traducir “Simonillo, ocotillo”, etc... por “simonille, ocotille”. Creo que es inútil buscar otra cosa. Estas son yerbas desconocidas en francés, y no creo que tengan otro nombre, fuera del científico. El peyote puede quedar así, el tesguino, acaso “tezguin”. En fin, Ud. sabrá. Como esas palabras andan fuera de las gramáticas, tiene uno libertad con ellas. Desde luego, le advierto que aunque yo simplifico la ortografía de taramara, los ortodoxos mexicanos dicen, mejor dicho escriben, “taramara”. Quizá le agrade a Ud. esa “h” para guiar mejor al lector francés sobre la disolución del diptongo “ahu”. Ya usted me dirá si se le ofrece alguna consulta y gracias otra vez.

Estoy por echar a andar una pequeña colección de “Cuadernos del Plata” que yo dirijo literariamente y que se inaugura con seis cuentos de Güiraldes (uno inédito). Ya le enviaré a Ud. los tomos sucesivos. Yo me atrevo a dar un librito sobre Mallarmé.

¡Cómo irá a salir, Dios mío! Aquí prefiero juntarme con la gente joven, los de mi edad

están algo lejos de mí, espiritualmente, aun cuando en lo personal sean tan impecables como lo es siempre, en la Argentina, la raya del pantalón. Los muchachos que valen más están por comenzar una publicación trimestral que acaso se llamará “Libra”, algo entre Roseau d’Or et Commerce. Allí también meteré la mano, desde las bambalinas. Todo irá llegando a sus manos.

Espero su ofrecido libro. No me olvide Ud., hágame creer que no me he ido de Europa.

En efecto: Max Daireaux podría hacer un buen “Panorama”. Veremos en qué para esto. Me escribió Philippe Souppault sobre la posibilidad de hacer un Panorama aparte sobre México y le envié mi opinión sobre lo que se podría hacer. ¿Lo encontrará esta carta en Roma? Donde sea, le lleva mi vivo recuerdo y mi amistad.

Alfonso Reyes

**De Alfonso Reyes a Valery Larbaud\*\***

Buenos Aires, 16 junio de 1929

Monsieur Valery Larbaud  
París (o donde se encuentre).

Amigo mío, recordado y querido: su traducción me tiene entusiasmado, y me ha hecho pensar, sobre el arte de traducir, muchas cosas que nunca se me habían ocurrido. Noble ejercicio realmente, y que nos conduce, por quién sabe qué subterráneos caminos, a esa lengua neutra y común que todos hablamos y que se disimula bajo las apariencias del francés, del español, del inglés, etc...

En fin: sepa Ud. que estoy muy orgulloso y contento.

En carta anterior le había yo confesado a Ud. que, aunque yo escribo “taramara” (porque una vez puestos a reducir fonemas de una lengua a otra por aproximación, y sobre todo, cuando no hay una verdadera tradición establecida en la materia, prefiero simplificar lo más posible), los sabios de mi tierra escriben “taramara”, forma que acaso Ud. prefiera en su traducción. Ud. sabrá... “Bravos habitantes”, más que “Honnêtes habitants”, yo creo que es, en nuestro caso, “Fiers” o bien “Hautains”, pero tampoco me opongo a “honnêtes” que me gusta más, y me parece más a tono con el resto del poema.

“La gente, al verlos, gusta aquella desazón tan generosa de otra belleza que la acostumbrada”. Es una frase elíptica a la manera de otro siglo, usando el régimen del ‘de’ hoy ya desusado. Para decir lo que yo quiero expresar, habría que poner un circunloquio abominable; algo como esto: “Les gens, à les voir, jouissent de cette malaise si gênéreuse qui produit la contemplation d’une beauté différente de celle qui nous est familière”. Yo creo que Ud. puede encontrar la manera de decirlo en menos y más bellas palabras.

Le ruego que cambie en mi original el verso:

“Para que luego el *herbolario* único”, por este otro: “Para que luego aquel *herbario* único”. Le agradezco a Ud. el haberme llevado la atención sobre un descuido que no fue errata de una máquina, sino mal hábito infantil, adquirido desde la escuela primaria de llamar “herbolarios” a los “herbarios”.

Encuentro a cada rato felices hallazgos de expresión, y singu-

larmente estoy encantado con la traducción de los nombres de las yerbas. La “piloselle” es una delicia y otra “les pousses du pin ocoté”; “l’herbe antidote”, era más difícil de encontrar de lo que parece. Y, en cuanto al “sang-dragon”, es realmente un caso de acierto único. A mí mismo ha venido a aclararme el nombre mexicano de la yerba “sangre de grado”: no es más que una metátesis de “Sangre de drago” y “drago” en la vieja lengua, quiere decir “dragón”.

Así pues, amigo mío, sólo me queda felicitarlo por su trabajo de minuciosa belleza y agradecerle su amistoso interés.

Por correo, le mando un folletito que acabo de publicar (Fuga de navidad): son seis párrafos para acompañar seis dibujos de Norah Borges (de Torre), y para poner a prueba la imprenta de San Antonio de Areco (tierra de Don Segundo Sombra), donde voy a dar principio, en breve tiempo, a la colección de “Cuadernos del Plata” de que creo haberle hablado: una colección de gente joven o digna de serlo; muy restringida y pequeña.

También creo que intervendrá un poco en cierta revista trimestral que preparan los jóvenes: *Libra*. De todo irá Ud. sabiendo, conforme salga.

Souppault parece decidirse a que Henríquez Ureña y yo hagamos el Panorama de la Lit. Mexicano-Antillano-Centro americana. Yo en todo caso, estaré al servicio de quien lo haga pues tengo empeño en contribuir a que el libro sea lo más cabal posible.

No me olvide. Soy cordialmente suyo.

Alfonso Reyes

**Interpretación del “Peyotl”<sup>31</sup>**

El “peyotl”, la hierba sagrada de los tarahumaras, posee, entre otras, la propiedad de transformar los sonidos en visiones, las notas musicales en alucinaciones luminosas. Como la energía del objeto vibratorio se mantiene idéntica, es de suponer que, por relatividad einsteiniana, lo que se modifica es la energía receptiva del sujeto afectado por la droga.<sup>32</sup>



El hombre peyote, de Alberto Farrera. Tinta china en papel amate

La física nos hace saber que la materia es de naturaleza eléctrica; que es, como si dijéramos, un amasijo de vibraciones. Considérese, como preliminar, que la onda del agua en que cae la piedra tiene una velocidad o frecuencia de unos seis metros por segundo, en tanto que la onda eléctrica de la radiodifusión ocupa una escala que va de 200 a 2.000 metros en la misma unidad de tiempo.

Si se establece el espectro o graduación creciente de las vibraciones de la materia, se asciende desde la frecuencia menor, que es el sonido, a las ondas de radio, a las hertzianas,

a los rayos de la luz infrarroja, al llamado espectro solar que es el campo de la visión humana, a la luz ultravioleta, a los rayos x y Roentgen, a los rayos “gamma” (cuerpos radioactivos), y en fin, a las radiaciones cósmicas que son la última novedad.

El calor resulta una energía relativamente pobre, efecto del desorden entre todos los movimientos moleculares (pues la materia nunca está quieta, sino que vive en continua zarabanda).

El olor, o mejor la posible vibración que nuestros sentidos traducen en olor, es todavía asunto discutible. El tacto mismo, el cutáneo y el interior, es como la respuesta a un ventarrón electrónico que nos atraviesa.

El ojo humano sólo capta una estrechísima faja del espectro vibratorio. Es, como decía Helmholtz,<sup>33</sup> un aparato óptico muy deficiente. Sólo alcanza a distinguir las estrellas de la 1ª a la 6ª magnitud. Si su energía fuese absorbida por un miligramo de agua, harían falta 2.000 siglos para que la temperatura del agua aumentara en un grado centígrado. Tal vez algunos animales

alcanzan a ver vibraciones invisibles para nosotros. Un jugador de tenis advertía que, siempre que volvía a casa después de agitarse en sus deportes, su gato huía de él espantado, como si lo viera echando llamas. Tampoco podemos enorgullecernos de nuestro oído. Todos saben que hay silbatos de perro, cuyo sonido es insensible para el hombre.

Pues bien, si, bajo el influjo del “peyotl”, los sentidos humanos reciben las vibraciones acústicas con todos los honores que, en estado normal, sólo se conceden a las luminosas, será porque el aparato humano ha obrado como el “lentizador” del cinematógrafo, en proporción inversa. Para retratar la trayectoria de una bala, la cámara trabaja con velocidad vertiginosa. Para darnos en unos segundos el crecimiento de una planta, lo que dura varios meses, la cámara opera con lentitud exasperante. Pues de modo parecido para que la vibración acústica media —que empieza a ser perceptible a los 200 metros por segundo— afecte nuestra biología como vibración luminosa —lo que está algo más arriba de los 300 billones de metros por segundo— será que nuestra biología retarda en la misma proporción.

Nótese que ya la música eléctrica admite aparatos en que la emisión luminosa se traduce en sonido —fenómeno inverso al del “peyotl”—, mediante un sistema que consta de una lámpara más una rueda dentada que la intercepta, más una célula fotoeléctrica o ampollita de vacío con capa de potasio al fondo, más un contacto entre ésta y un bloque de pilas, y al cabo, un audífono. Que tal es el principio de la radioemisión.

Claro que la psicobiología puede oponernos como mejor explicación la mera confusión o

contaminación entre los conductos sensoriales, la cual crea los fenómenos llamados de sinestesia, de que los poetas sacan tanto partido (“el tañido rojo del clarín”), y que algunos explican de modo materialista, y otros, por una trabazón de orden espiritual, semejante al recuerdo.

La interpretación que aquí sugerimos bien pudiera ser un dislate. Bien pudiera ser sólo una parte de la verdad.

La arriesgamos como mera hipótesis tentativa, para que la despedacen los especialistas.

(Cadena “Anta”, México, I-1944) ■

Adolfo Castañón (México)

Escritor, poeta y traductor mexicano. Entre sus obras publicadas destacan: *La campana y el tiempo*, *Fuera del aire y El pabellón de la límpida soledad*. Ha traducido a J. J. Rousseau y a George Steiner, así como obras sobre Spinoza, Jorge Cuesta, entre otros.

#### Notas

1 Antonin Artaud. *México y viaje al país de los tarahumaras*. México: Fondo de Cultura Económica, 2004.

2 Fred P. Ellison *Alfonso Reyes y el Brasil*, pp. 43-44.

3 *Quince presencias*. “VI. Descanso dominical (*En los pinares de Teresópolis*)”. En: *OC*, t. XXIII, p. 180.

4 *Parentalia*, “10. Grandeza y miseria del soldado”. En: *OC*, t. XXIV, p. 442.

5 *Parentalia*, “8. Otras sombras”. En: *OC*, t. XXIV, p. 377.

6 Carl Lumholtz, *Montañas, duendes, adivinos...*, prólogo de Jesús Jáuregui, edición de Jorge Lépez Vela, coordinación de César Ramírez Morales, México, 1996, 143 pp.

7 Dr. Alexandre Rouhier. *La plante qui fait les deux emmerveillés*. Le peyotl. Préface de M. Le Professeur Em. Pevrot, Membre de l'Académie de Médecine. Nouvelle Edition revue et corrigée (Paris, 1926, 1975), seguido de: Dr. Alexandre Rouhier. *Les plantes devinatoires*. Guy Trédaniel. París: Editions de la Maisnie, 1975. Artaud emplea la expresión acerca de la planta que produce ojos maravillados en distintos momentos.

8 Fabienne Bradu: Luis Cardoza y Aragón: “Artaud en México”. En: *Artaud todavía*. Correspondencia entre Luis Cardoza y Aragón y Paule Thevenin.

9 Mario Roso de Luna, *El simbolismo de las religiones del mundo y los problemas de la felicidad*. España: Renacimiento, 2006, 374 pp.

10 *Norte y Sur*. “Ofrenda al Jardín Botánico de Ríojaneiro”. En: *OC* t. IX, pp. 89-92

11 Buenos Aires: Sur, 1954, pp. 64-72

12 Alfonso Reyes/Victoria Ocampo, *Cartas echadas. Correspondencias*. 1927-1959. México: Universidad Autónoma Metropolitana, edición y presentación de Héctor Perea, Serie Correspondencia. Dirección de Difusión Cultural, 1983, pp. 59-60.

13 “Repaso poético 1906-1958”. En: *OC*, X, pp. 121-123.

14 Los indios buscaban los centros urbanos cuando la sequía se prolongaba. A veces esta temporada seca duraba dos o tres años.

15 Tescüino: bebida refrescante propia de los indios tarahumaras, quienes la obtienen por fermentación del grano de maíz y la toman principalmente en sus fiestas. (Santamaría *Diccionario de mejicanismos*. México: Porrúa, 1992, p. 1039).

16 Yerbaniz [Hierba anís]: “Crece principalmente en el Norte de México, a partir de San Luis Potosí, mide aproximadamente un metro de altura; tiene hojas opuestas, elípticas y aserradas, flores en cabezuelas amarillas de marcado olor a anís. *Tayetes florida*” (Maximino Martínez. *Catálogo de nombres vulgares y científicos de plantas mexicanas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1979).

17 Limoncillo: más de treinta plantas llevan este nombre en México. Probablemente se refiere a la *Pectis papposa* Gray, que prospera en Sonora. Es una planta herbácea de unos 20 cm, de hojas lineares de 3 a 4 cm, glanduloso punteadas, y flores en cabezuelas amarillas. La planta despide un aroma parecido al del limón. 18 Simonillo: varias plantas llevan este nombre. Reyes se refiere seguramente a la *Conyza gnaphaloides* H.B.K., que es una planta herbácea blancolanosa de hojas elípticas, dentadas de 3 a 4 cm, inflorescencias terminales. Es una planta de sabor amargo.

19 Orejuela de ratón: oreja de ratón. Hay varias plantas con este nombre; puede ser la *Chiococca alba*, que es un arbusto a veces trepador de hojas lanceoladas u ovals de 2.5 a 9 cm, flores en forma de embudo con el limbo de 5 lóbulos, frutos drupáceos, blancos o comprimidos de 6 a 8 cm.

20 Yerba del venado: “se aplica este nombre a varias plantas herbáceas o subarborescentes del género *Porophyllum*. Son plantas de hojas glandular pubescentes y olorosas que en muchos lugares se usan como condimento. Las hojas de la *Porophyllum Seemanii* son comestibles y tienen un aroma especial” (Maximino Martínez, *op. cit.*).

21 Chuchupaisle [Chuchupatle]: se trata de la *Arracacia* sp. Es una umbelífera; planta herbácea de hojas grandes y divididas, flores en umbela y frutos muy aromáticos.

22 Yerba del indio: Maximino Martínez registra por lo menos ocho plantas con ese nombre en su *Catálogo de nombres vulgares y científicos de plantas mexicanas*. Reyes probablemente se refiere a la *Sarcostema Crispum*, que prospera en la región del río Bavispe, en el noroeste de Sonora, y que es una orquídea terrestre de hojas linear-lanceoladas, cardadas y con flores agrupadas, ápice acanalado, base auriculada de 5 cm. de largo por 4 cm de ancho y flores agrupadas en pedúnculos cortos.

23 Ocotillo [Pasto de ocotillo]: el ocotillo es un nombre que se aplica a muchas plantas. Probablemente se refiere a la *Fouquieria splendens*, que crece en los lugares desérticos del norte de México y es un arbusto leñoso, sin tallo, compuesto de ramas hasta de 6 m, cubiertas de espinas, hojas oblongolanceoladas o redondo-ovadas de 2 a 3 cm, flores rojas, tubulosas. La corteza contiene saponina.

24 Contrayerba [Contrayerba]: es la *Asclepias setosa* Benth, una planta herbácea que prospera en el Norte de México (Nuevo León); tiene unos 40 cm de altura, un jugo lechoso y es muy vellosa. Sus flores son pequeñas en umbelas terminales.

25 Yerba de la víbora [Hierba de la víbora]: se aplica este nombre a una docena de plantas diversas que crecen en el territorio de México. La hierba de la víbora que prospera en Chihuahua es una acantácea, la *Dyschoriste jaliscencis*, una planta herbácea vellosa, de unos 30 cm, hojas opuestas, lineares, de 2 o 3 cm, flores axilares con el limbo quintilobulado de unos 2 cm, 4 estambres didínamos. [Maximino Martínez, *op. cit.*] Se usa en infusión para curar resfriados; prospera en las zonas cálidas de la Sierra (o sea en las Barrancas del Cobre). Es recogida y vendida por una clase de indígenas tarahumaras llamada Tehueriches.

26 Ojo de venado: en México existen varias plantas con este nombre. Probablemente Reyes se refiere a la *Passiflora mexicana*, planta trepadora con zarcillos, hojas bilobuladas de 10 cm de ancho, flores verdoso amarillentas de 3 a 4 cm y una baya sub-oval de 10 mm. Crece en Sonora, Chihuahua y el norte de México.

27 Sangre de grado: es la *Potentilla rubra* Willd. Planta herbácea, vellosa, de unos 30 cm, de hojas tripartidas; flores moradas con 5 sépalos y estambres numerosos, ovarios también numerosos. La raíz es gruesa y negruzca, tanífera. Existen varias otras hierbas de *sangregrado* (de la familia de las *Jatrophas*).

28 Médico de cámara de Felipe II, Francisco Hernández (1517-1587) llegó

a Nueva España en 1571, donde permaneció hasta 1577 estudiando las plantas medicinales de nuestro país.

29 Benito María de Moxó y de Franco (1763-1816): eclesiástico español, fue arzobispo de Charcas de 1807 a 1816. Se destacó por su oposición a la independencia de las colonias de América, pues solicitó la sumisión a Fernando VII. Abogado de las virtudes americanas y seguidor de Clavijero, Moxó, en efecto, asienta al final de su primera Carta: “[...] y la colección de Hernández pereció acaso consumida lentamente por el polvo y la polilla en una de nuestras más insignes bibliotecas; pues tengo motivo para pensar que no es verdad lo que se ha dicho tantas veces, que fue víctima del famoso incendio que hubo en la librería del Escorial en el siglo décimo séptimo”. (B. M. de Moxó, *Cartas mejicanas*, facsimilar de la edición de Génova, 1839, prólogo de Elías Trabulse. México: Fondo de Cultura Económica/Fundación Miguel Alemán, pp. 5-6). Según consta en el *Diario (1911-1930)* de Alfonso Reyes, éste adquirió en Argentina un ejemplar de la obra: “Me olvidaba decir que he comprado también las *Cartas mejicanas* escritas por Benito María de Moxó en 1805 en \$ 10 argentinos” (*Diario*, 4 de febrero de 1929, p. 255).

\* Valery Larbaud/Alfonso Reyes. *Correspondance 1923-1952*, introducción y notas de Paulette Patout. París: Centre National de la Recherche Scientifique.

30 Se refiere al poema “Hierbas del tarahumara”.

\*\* Valery Larbaud/Alfonso Reyes, *op. cit.*, pp. 62-63.

31 Alfonso Reyes. *Los trabajos y los días*. En: *Obras completas*, t. IX pp. 358-360.

32 El tema de la sinestesia no podía dejar indiferente a un poeta como Reyes, quien vuelve a él cada que menciona el peyote y la mezcalina. Lo toca también en el poema: “Las yerbas del tarahumara”.

33 Hermann Ludwig Ferdinand von Helmholtz (1821-1894), fisiólogo y físico alemán, inventó un espejo que permite estudiar la retina en el ojo vivo.

#### Bibliografía

Artaud Antonin. *México y viaje al país de los Tarahumaras*. México: Fondo de Cultura Económica, 2004.

\_\_\_\_\_. “La raza de los hombres perdidos”. En: *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, N.º 454. México, octubre de 2008, p. 30.

Bradu Fabienne. *Artaud todavía* (correspondencia entre Luis Cardoza y Aragón y Paule Thevein, seguida de algunos textos de A.A.). México: Fondo de Cultura Económica, 2009.

De Moxó Benito María. *Cartas mejicanas* (facsimilar de la edición de Génova,

1839, prólogo de Elías Trabulse). México: Fondo de Cultura Económica/Fundación Miguel Alemán, 1995.

Fabla Alfonso. *Las tribus yaquis de Sonora, su cultura y anhelada autodeterminación*. Primer Congreso Indigenista Interamericano. México: Departamento de Asuntos Indígenas, 1940.

Hernández Fortunato. *Las razas indígenas de Sonora y la Guerra del Yaqui*. México: Joaquín Heredia, Comisiones y Representaciones.

Larbaud Valery & Alfonso Reyes. *Correspondance 1923-1952* (introducción y notas de Paulette Patout). París: Centre National de la Recherche Scientifique, 1972.

Lumholtz Carl. *Montañas, duendes, adivinos* (prólogo de Jesús Jáuregui, edición de Jorge Lépez Vela, coordinación de César Ramírez Morales). México: Instituto Nacional Indigenista, 1996.

Martínez Maximino. *Catálogo de nombres vulgares y científicos de plantas mexicanas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1979.

Reyes Alfonso. “VI. Descanso dominical (En los pinares de Teresópolis)”. En: *Quince presencias*, en *OC*, t. XXIII.

\_\_\_\_\_. “10. Grandeza y miseria del soldado”. *Parentalia*. En: *OC*, t. XXIV.

\_\_\_\_\_. “8. Otras sombras”. *Parentalia*. En: *OC*, t. XXIV.

\_\_\_\_\_. *Los trabajos y los días*. En: *OC*, t. IX.

\_\_\_\_\_. *Marginalia. Burlas veras*, Segundo Ciento en *OC*, t. XXII.

\_\_\_\_\_. “Ofrenda al Jardín Botánico de Ríojaneiro”. En: *Norte y Sur*, en *OC* t. IX.

\_\_\_\_\_. *Repasopoético 1906-1958*. En: *OC*. X.

Reyes Alfonso & Victoria Ocampo. *Cartas echadas. Correspondencias 1927-1959* (edición y presentación de Héctor Perea). México: Universidad Autónoma Metropolitana, Serie Correspondencia, Dirección de Difusión Cultural, 1983.

Rouhier Alexandre. *La plante qui fait les deux emmerveillés. Le peyotl* (préface de M. Le Professeur Em. Pevrot, Membre de l'Académie de Médecine), seguido de Dr. Alexandre Rouhier: *Les plantes devinatoires*. París: Guy Trédaniel, Editions de la Maisnie, 1975.

Roso de Luna Mario. *El simbolismo de las religiones del mundo y los problemas de la felicidad*. España: Editorial Renacimiento, 2006. Santamaría Francisco J. *Diccionario de mejicanismos*. México: Porrúa, 1992.

Troncoso Francisco P. *Las guerras con las tribus yaqui y mayo del estado de Sonora* (obra mandada a formar por la Secretaría de Guerra y Marina en 28 de Mayo de 1902. Comprende: Desde el 22 de Diciembre de 1529, hasta el 31 de Diciembre de 1902, impresa por orden del Secretario de Guerra y Marina, General de División, Francisco Z. Mena). México: Tipografía del Departamento de Estado Mayor, 1905.